

Malvinas: 20 años después

*Horacio P. Ballester**

Valgan nuestras primeras palabras como un sincero homenaje a todos los argentinos que lucharon en las islas, en especial a quienes dieron sus vidas en el intento y a quienes llevan para siempre las dolorosas secuelas de un absurdo conflicto bélico.

Vaya también nuestro repudio no sólo a los inconscientes militares que embarcaron el país en una descabellada aventura, sino también para los civiles “colaboracionistas” como el ex canciller Nicanor Costa Méndez y el ex ministro de Economía Roberto Alemann, cuyas responsabilidades directas están claramente determinadas en el Informe Rattenbach.

El 2 de abril de 1982 un gobierno militar de facto, acosado por la reacción popular que le resultaba incontenible, no encontró mejor manera de intentar perdurar y aun de lograr la justificación histórica de su desgobierno, que enfrentar bélicamente a una decadente pero aún fuerte potencia mundial.

Fue así envilecido un noble objetivo nacional compartido por casi todos los argentinos.

La Argentina sufrió la primera derrota militar de su historia: la conocida frase de Sarmiento que tanto nos enorgullecía cuando jurábamos fidelidad a la bandera en tercer grado de la escuela primaria, ha perdido su razón de ser: “Niños, la bandera argentina, Dios sea loado, no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra”. Por lo tanto, más que reflexionar sobre un triste pasado que de cualquier manera no podemos ni debemos olvidar, deseamos expresar algunas ideas para el porvenir. Fijemos para ello algunas premisas:

- La recuperación de las Malvinas e Islas del Atlántico Sur sigue siendo un prioritario objetivo nacional de todo argentino con sano orgullo patriótico.
- Los británicos -maestros de la política internacional- jamás se

* Coronel (R)

retiraron voluntariamente o por las buenas de ninguno de los inmensos territorios que ocuparon en su larga historia de piratas, asaltantes y depredadores.

- La recuperación militar de las islas por la Argentina resulta imposible, por lo menos tanto en la actualidad como en un futuro predecible.
- Se impone, por lo tanto, una negociación diplomática, pero sin claudicaciones.

La absurda política de seducción del ex canciller Di Tella regalando ositos o pingüinitos a los isleños, o concediendo vergonzosas atribuciones sobre explotación de petróleo submarino y pesca en la zona de exclusión unilateral que rodea las islas, o manteniendo relaciones carnales o de sumisión con los Estados Unidos y con Gran Bretaña, jamás nos llevarán a la recuperación de nuestra soberanía.

Recordemos que la guerra del Atlántico Sur no fue entre la Argentina y Gran Bretaña, apoyada por Estados Unidos. En realidad, fue llevada a cabo por Estados Unidos, país que utilizó como brazo ejecutor a Gran Bretaña con el beneplácito y apoyo de la OTAN. Desde la óptica de los fríos intereses estadounidenses es lógico que así haya sucedido.

A nuestro juicio, una de las pocas ventajas que hemos obtenido como enseñanzas del conflicto del Atlántico Sur, es la de haber iden-

tificado con claridad a nuestros amigos y, más aún, a nuestros enemigos: en la vida moderna, aunque muchos no se den cuenta, una de las cosas más importantes para poder triunfar es identificar al enemigo (vale en todos los órdenes: personal, nacional, empresarial, organizacional –referido a organizaciones de todo tipo-, etc.) El enemigo se infiltra en todas partes; a los conductores y a los pueblos muchas veces les resulta difícil poder identificarlo y, tal como la historia lo ha demostrado en numerosas oportunidades, se prefiere el consejo y la ayuda (aparente) del enemigo, antes que la del amigo, como ocurre actualmente con los consejos y el apoyo del Fondo Monetario Internacional.

La Argentina no puede llamarse a engaño: en el primer lugar de la lista de nuestros enemigos están los Estados Unidos y muy cerca Gran Bretaña; en esa lista deben figurar también, en menor grado, otras naciones europeas y las angloparlantes del Tercer Mundo.

Por lo contrario, los latinoamericanos -con la sola excepción de la dictadura pinochetista chilena- demostraron ser nuestros amigos. La integración de la Patria Grande latinoamericana caribeña debe ser el eje rector de nuestra política internacional, de la que será necesario efectuar un replanteo, en especial en lo comercial y en lo financiero.

No es posible que demos posibilidades de ganar dinero a nuestros

enemigos que mataron y mutilaron compatriotas. La defensa de nuestra soberanía deberá abarcar también nuestro patrimonio cultural en todos los órdenes, incluso dando por terminados los homenajes que en el pasado ofrecimos a nuestros enemigos en forma de monumentos, nombres de calles o de plazas, etc.

Recordemos nuestros muertos, no olvidemos a los veteranos sobrevivientes de la guerra de Malvi-

nas, pongamos fin a la impunidad de los responsables, aprovechemos las penosas experiencias al planificar nuestro futuro y, con imaginación realista, lancémonos a la recuperación de la soberanía sobre las islas, seguros de que jamás lo lograremos con concesiones vergonzantes y sumisión a los poderosos.

Buenos Aires, abril de 2002